

no era tan fácil como había pensado, renunció al pensamiento de marchar sobre Lisboa, y limitóse á poner sitio á Villaviciosa.

Marialva y Schomberg acudieron á hacer levantar el cerco, y se situaron en Montesclaros. Lleno de presuncion y de confianza el de Caracena, apenas avistó los enemigos, alzó el campo, contra el parecer de los demás generales que opinaban por no abandonar sus buenas posiciones, y se fué á encontrarlos, y les presentó la batalla, no obstante ser inferiores en número los nuestros. Aceptáronla los portugueses, y despues de algun tiroteo de artillería y mosquetería, trabóse una general y ruda pelea lanza á lanza y pica á pica. Furiosamente se arrojaban mutuamente de los puestos y los recobraban, hasta que al cabo de ocho horas de mortífero combate, viendo el de Caracena la mucha gente que sin fruto iba perdiendo, ordenó la retirada, dejando en el llano de Montesclaros toda la artillería, y lo que fué mas lastimoso, cuatro mil hombres entre muertos y heridos, y pocos menos prisioneros, entre estos el intrépido jefe de la caballería don Diego Correa. Menor, aunque grande tambien, fué la pérdida de los portugueses (junio, 1665). Desde Badajoz, donde se retiró el de Caracena, comunicó al rey la derrota, diciendo, sin embargo, que los portugueses habían perdido la flor de su ejército, y añadiendo que si le enviaran refuerzos, nunca sería mas fácil hacer la reconquista; que á tal extremo llevaba su presuncion aquel orgulloso jefe (1).

Cuando Felipe recibió la noticia de esta desgracia exclamó conmovido: *¡Cómplase la voluntad de Dios!* y cayó al suelo acongojado. El pueblo de Madrid se llenó de indignacion, y acusaba al gobierno de haber puesto un ejército tan florido en manos del de Caracena, contra el cual se desataban entonces todas las lenguas, apellidándole inepto, imprudente, loco y temerario, y no veían en él ni prenda buena, ni antecedente honroso, ni nada que no fuese detestable; propios desahogos de la irritacion, y digno castigo de quien se había presentado con aquella imprudente y presuntuosa arrogancia. Apoderóse del ánimo del rey una melancolía profunda, y agitaba su espíritu una inquietud que la edad, los desengaños, el remordimiento de la vida pasada, los presentimientos del triste porvenir de la monarquía le hacían insoportable: que ya ni los años, ni lo delicado de su salud le permitían tener como antes placeres y distracciones que le hicieran olvidar los males. Ni siquiera tenía ya un favorito que le aliviara entreteniéndolo sus ilusiones, ó desfigurándole ó aminorándole los contratiempos ó infortunios. Miraba en derredor de sí, y se veía con un sucesor, niño de cuatro años, enfermizo y endeble. Veía á la reina doña Mariana su esposa en pugna con don Juan de Austria, que al cabo, con todos sus defectos, era el hombre mas importante y de mas representacion en la monarquía, y veíala entregada á su confesor el jesuita Nithard, por cuyos consejos se guiaba y lo hacia todo. Veía, por último, humillada en todas partes la monarquía, que sus favoritos le prometieron engrandecer sobre todas las potencias de Europa.

Felipe, á quien faltaban ya las fuerzas del cuerpo y del alma, no pudo resistir á tantos pesares. Una disenteria violenta le acabó de consumir en pocos dias. Al sentir tan vecina la muerte, hizo su testamento, señalando el orden de sucesion al trono, comenzando por su único hijo varon el príncipe Carlos, y sucesivamente á falta de este, á la infanta doña Margarita y sus descendientes; en defecto de estos á los de su tía la emperatriz doña María, y los últimos á los de la infanta doña Catalina, duquesa de Saboya, su tía tambien, excluyendo á los de su hija doña María Teresa, mujer de Luis XIV, con estas notables palabras: «Queda excluida la infanta doña María Teresa y todos sus hijos y descendientes varones y hembras, aunque puedan decir ó pretender que en su persona no corre ni pueden considerarse las razones de la causa pública ni otras en que pueda fundarse esta exclusion; y si acaeciese enviudar la serenísima infanta sin hijos de este matrimonio, en tal caso quede libre de la exclusion que queda dicha, y capaz de los derechos de poder y suceder en todo (2).» Pala-

(1) Passarello: *Bell. Lusitan.*, lib. IX.

(2) Relacion de la muerte de Felipe IV y oraciones fúnebres: su tes-

tas solemnes, que sin embargo, andando algunos años habían de ser de tantos modos interpretadas.

Nombró, por último, tutora del rey su hijo y gobernadora del reino durante su menor edad á la reina doña Mariana, asistida de un consejo que se había de componer del presidente del de Castilla, conde de Castrillo, del vice-canciller de Aragon don Cristóbal Crespy, del arzobispo de Toledo é inquisidor general el cardenal don Pascual de Aragon, ó los que los sucedieran en estas dignidades; por la clase de los grandes nombró personalmente al marqués de Aytona, y por la de consejeros de Estado al conde de Peñaranda. Hecho todo esto y recibidos cristianamente los sacramentos, pasó Felipe IV á mejor vida el 17 de setiembre (1665), á los sesenta años de su edad y á los cuarenta y cuatro de su reinado. Cuéntase que momentos antes de morir dirigió á su hijo estas lastimeras palabras: *¡Quiera Dios, hijo mío, que seas mas venturoso que yo!* Palabras que ni el tierno Carlos comprendió entonces, ni por desgracia se vieron realizadas despues (3).

CAPÍTULO XVIII

CAUSAS DE LA DECADENCIA EN ESTE REINADO

Estado de la moral, de la hacienda, de las letras y las artes

Por qué se perdieron tantos territorios.—Empeño y afan de engrandecer la casa de Austria.—Paralelo entre los elementos y la política de Carlos V y Felipe II y la de los Felipes III y IV.—Lo que produjo las rebeliones de Cataluña, Portugal y Nápoles.—Causas de haberse perdido muchas plazas y muchas batallas.—Cambio en el crédito de las armas de infantería y caballería.—Ejércitos sin pagas.—En qué se invertían las rentas públicas.—Distracciones y disipaciones del rey y de los cortesanos.—Ruina del comercio.—Absurdas medidas de administración.—Lo que se malgastaba en fiestas, espectáculos y regocijos públicos.—Ejemplo fatal del rey.—Desmedida afición de Felipe á las comedias.—Cómo contribuyó á la prosperidad del arte dramático.—Llega el teatro español á su mayor elevacion en este reinado.—Autores y actores célebres.—Brillante estado de la literatura.—Causas de su corrupcion y decadencia.—Góngora: el culteranismo.—Estado floreciente de la pintura.—Obras y artistas famosos.—Decaimiento de la pintura.—Idem de la música.—Decadencia casi simultánea de las armas, de las letras y de las artes.

Las incesantes guerras que dentro y fuera de la península, sin darse vagar ni reposo, había estado sosteniendo España durante todo el largo reinado del cuarto Felipe, y de que hemos tenido necesidad de dar cuenta, aunque con el cansancio y el disgusto que produce la narracion en general fatigosa de las vicisitudes y los lances, no pocas veces monótonos, de las largas luchas, no nos han dejado lugar ni espacio para detenernos á considerar la fisonomía que en lo interior presentaba el reino, y la situación material y moral en que le tenían los ministros de Felipe, principalmente desde la caída del conde-duque de Olivares, que es el punto en que dejamos nuestra anterior reseña.

Que si al principio pareció que con la caída de aquel célebre valido la monarquía iba á reponerse de tantas calamidades, el trono á recobrar la dignidad perdida, las necesidades públicas á aliviarse, á mejorar la moral, á salir de ahogos la hacienda y á recuperar sus fueros la justicia, los sucesos acreditaron que si bien el valimiento del rey pasó á otro hombre ni tan altivo ni tan odioso al pueblo como el de Olivares, las riendas del gobierno cayeron en manos no menos desgraciadas que las del primer privado. Que la enmienda del monarca y su aplicacion á los negocios fué pasajera y efímera; y que volvió pronto á su antigua indolencia y á su anterior

tamento.—Biblioteca Nacional, Sala de MM. SS.—Soto y Aguilar: *Epítome*, MS. ad ann.

(3) Tuvo Felipe IV de su primera esposa doña Isabel de Borbon muchos hijos, de los cuales solo le sobrevivió doña María Teresa, casada con el rey Luis XIV de Francia. De doña Mariana de Austria tuvo tres hijos y una hija. De los hijos varones solo quedó el príncipe Carlos que le sucedió en el trono. La infanta Margarita fué despues reina de Hungría.—Además tuvo otros siete ilegítimos, de los cuales solo fué conocido don Juan de Austria, á quien hemos visto, y veremos todavía figurar mucho en el siguiente reinado.



ARMAS DEL SIGLO XVII.

7-Ballesta con su rullon-8-Capacete-9-Gafa para armar la ballesta-10-Pistola-11-Rodela cuya pertenencia se ignora.
Las alabardas n.ºs 4 y 5 se conservan en el Museo de Artillería; las armas restantes en la Armería real de Madrid.

